

Lectura bíblica: *Isaías 35:1-3*

Que el desierto y el seqedal se alegren, que se regocije la estepa y florezca como el campo; estalle en flor y se regocije hasta lanzar gritos de júbilo. La gloria del Líbano le ha sido dada, el esplendor del Carmelo y del Sarión. Se verá la gloria de Yahveh, el esplendor de nuestro Dios. Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes.

Declaración Universal de los Derechos humanos:

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques. (Art. 12)

Comentario:

La segunda semana de Adviento, que comenzamos ayer, está llena de esperanza y alegría. Isaías, en medio de una situación desastrosa y dolorosa de Israel, no duda en proclamar la llamada de Dios a la alegría por el cumplimiento de las promesas. Manos débiles, rodillas vacilantes, cojos, ciegos, mudos; Isaías anuncia un nuevo mundo y, de este mundo, el garante es Dios. La llamada a la alegría de Isaías y de Jesús implica al ser humano en todas sus dimensiones. Un nuevo mundo va a nacer en el que todos nos sintamos hijos de Dios y a nadie dejemos a un lado. Dios mismo anuncia la llegada de un mundo en el que "nadie quede atrás". Nosotros podemos tener muchas hipotecas personales o eclesiales, pero el que pone las garantías de las mismas, es Dios mismo.



Foto: Miguel Ángel Valero, cmf

